

**EL ABUELO QUE SALTÓ
POR LA VENTANA Y
SE LARGÓ**
JONAS JONASSON



EL ABUELO QUE SALTÓ POR LA VENTANA Y SE LARGÓ

JONAS JONASSON

Título original: *Hundraåringen som klev ut genom fönstret och försvann*

Ilustración de la cubierta: T. Archibald/Getty Images/S. Zygart

Copyright © Jonas Jonasson, 2009

Publicado por primera vez por Piratförlaget, Sweden

Publicado por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency, Spain.

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2012

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S. A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª – 08018 Barcelona – Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

ISBN: 978-84-9868-416-1

Depósito legal: B-16.111-2012

1ª edición, febrero de 2012

8ª edición, julio de 2012

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls. Pl. Verdaguer, 1

Capellades, Barcelona

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **DEBES SABER** que **NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN a EDITORES

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios.

Para acabar con ella... los lectores necesitamos **más oferta en libros digitales**, y sobre todo **que los precios sean razonables**.

PETICIÓN a DIGITALIZADORES

Si encontráis libros digitales a precios razonables rogamos encarecidamente:

NO COMPARTIR estos libros, sino animar a su compra.

Por el bien de la cultura y de todos, debemos incentivar la loable iniciativa que algunos escritores están tomando, publicando libros a precios muy asequibles.

Luchemos tan solo contra los abusos, o seremos también abusadores.

Nadie era capaz de hechizar a su público como el abuelo, sentado allí, en el banco de madera, inclinado ligeramente sobre su bastón y mascando rapé.

—Pero ¿es eso cierto, abuelo? —preguntábamos pasmados sus nietos.

—Quienes sólo saben contar la verdad no merecen ser escuchados —contestaba el abuelo.

Este libro es para él.

Jonas Jonasson

1

Lunes 2 de mayo de 2005

Es verdad que habría podido decidirse antes y de paso haber tenido la deferencia de comunicar su decisión a los interesados, pero Allan Karlsson nunca había dedicado tiempo a pensar las cosas antes de hacerlas.

Por tanto, en cuanto la idea le vino a la cabeza, abrió la ventana de su habitación en el primer piso de la residencia de ancianos de Malmköping, provincia de Södermanland, y bajó por el emparrado hasta el arriate del jardín.

La maniobra le resultó complicada, algo comprensible dado que ese mismo día Allan cumplía cien años. En menos de una hora se celebraría su fiesta de cumpleaños en el salón de la residencia. El mismísimo alcalde haría acto de presencia. Y la prensa local. Y el resto de los ancianos. Y el personal al completo, con la furibunda enfermera Alice a la cabeza, por supuesto.

Sólo el homenajead no tenía la intención de presentarse.

2

Lunes 2 de mayo de 2005

Allan Karlsson vaciló un momento en el arriate de pensamientos adosado a uno de los muros de la residencia. Vestía chaqueta marrón, pantalones marrones y zapatillas marrones. No iba a la última moda, desde luego, pero aun así aquel atuendo resultaba un poco raro para su edad. Había huido de su fiesta de cumpleaños, y eso también resultaba un poco raro para su edad, sobre todo porque muy pocos la alcanzan.

Sopesó si tomarse la molestia de volver a trepar hasta la ventana para coger el sombrero y los zapatos, pero cuando comprobó que llevaba la cartera en el bolsillo de la chaqueta, decidió ahorrárselo. Además, la enfermera Alice había demostrado en varias ocasiones poseer un fastidioso sexto sentido (allá donde él escondiera su aguardiente, ella siempre lo encontraba), y quizá en ese mismo instante anduviese por el pasillo barruntando que allí olía a chamusquina.

Mejor largarse cuando aún estaba a tiempo, pensó, y sacó las piernas del arriate con un crujir de rodillas. Que él recordara, en la cartera llevaba unos cuantos billetes de cien coronas que había conseguido ahorrar, lo cual le resultaría muy útil, ya que sin duda desaparecer no le saldría gratis.

Volvió la cabeza y echó un último vistazo a la residencia de ancianos, que hasta hacía muy poco había considerado su última morada en la tierra, y se dijo que eso de morir bien podía hacerlo en otro momento y otro lugar.

Así pues, el centenario echó a andar con sus zameadillas (así llamadas porque a cierta edad rara vez mea uno más lejos de sus propios zapatos). Primero cruzó un parque y luego rodeó un descampado donde, de vez en cuando, se instalaba algún mercadillo. Por lo demás, aquella ciudad era bastante tranquila. Tras recorrer unos cientos de metros, se metió por detrás de la orgullosa iglesia medieval y se sentó en un banco al lado de las lápidas, para conceder un breve descanso a sus rodillas. La religiosidad de los lugareños no llegaba al extremo de que Allan hubiese de temer que pudieran echarlo de allí. Según comprobó con sorpresa, bajo la losa situada justo enfrente del banco yacía un tal Henning Algotsson, nacido el mismo año que él. Menuda ironía del destino. La principal diferencia entre ambos residía en que Henning había exhalado su último suspiro sesenta y un años antes.

Si Allan hubiese tenido otro talante, tal vez se habría preguntado de qué había muerto Henning a la temprana edad de treinta y nueve años. Pero él nunca se metía en lo que hacían o dejaban de hacer los demás, no si podía evitarlo, y casi siempre podía.

Prefirió pensar que probablemente se habría equivocado de medio a medio quedándose encerrado en el asilo con la convicción de que, en caso necesario, podría morir sin más y acabar con todo. Y es que, por muchas vejaciones que pudiera sufrir uno, resultaba más interesante e instructivo escapar de la espantosa enfermera Alice que yacer inmóvil dos metros bajo tierra.

En vista de ello y desafiando sus doloridas rodillas, el cumpleaños se puso en pie, se despidió de Henning Algo-

tsson y prosiguió su improvisada fuga.

Cruzó el cementerio hacia el sur hasta que un murete de piedra le impidió el paso. No mediría más de un metro de alto, pero Allan era un centenario, no un saltador de altura. Sin embargo, al otro lado aguardaba la terminal de autobuses de Malmköping, y en ese instante comprendió que sus inseguras piernas querían llevarlo precisamente allí. Una vez, hacía muchos años, Allan había cruzado el Himalaya, y aquello sí había sido fatigoso. Y en eso se concentró para superar el último obstáculo que lo separaba de la terminal. Se concentró tanto que el murete encogió a sus ojos hasta casi quedar reducido a nada. Y cuando más insignificante le pareció, Allan, a pesar de su edad y sus rodillas, trepó y saltó al otro lado.

En Malmköping raras veces había aglomeraciones, y aquel soleado día de primavera no era una excepción. Todavía no se había cruzado con nadie desde que inopinadamente decidió saltarse su propia fiesta de cumpleaños. La sala de espera de la terminal también estaba casi desierta cuando entró arrastrando las zapatillas. Sólo casi. En medio de la sala había dos hileras de asientos, respaldo contra respaldo, todos desocupados. A la derecha, dos ventanillas, una de ellas cerrada. Tras la segunda había un hombrecillo escuálido, de pequeñas gafas redondas, cabello ralo con raya a un lado y chaleco reglamentario. Al ver a Allan, dejó de teclear en su ordenador y compuso una expresión atribulada. ¿Quizá el ajetreo de esa tarde le resultaba demasiado estresante? Porque Allan acababa de constatar que no era el único viajero en la sala de espera. En efecto, en un rincón había un joven esmirriado de pelo rubio, largo y grasiento, barba hirsuta y una cazadora vaquera en cuya espalda ponía «Never Again».

Probablemente no sabía leer, pues tiraba de la puerta del aseo para minusválidos como si el letrero «Fuera de servicio», en letras negras sobre fondo amarillo, no significara nada.

Al cabo se pasó a la puerta del aseo contiguo, pero allí el problema era otro. Al parecer, el joven no quería separarse de su enorme maleta gris con ruedas, pero el lavabo era demasiado pequeño para albergar a ambos. Observándolo, Allan comprendió que tendría que entrar sin la maleta, o bien meterla dentro y quedarse él fuera.

Sin embargo, ése fue todo el interés que mostró por los problemas de aquel joven. Bastante tenía ya con ir arrastrando los pies lo mejor que podía para acercarse, pasito a pasito, a la ventanilla y preguntarle al empleado si había algún medio de transporte que saliera hacia algún lugar dentro de los próximos minutos y, de ser así, cuánto costaba el billete.

El hombrecillo lo observaba con aspecto cansado. De hecho, había perdido el hilo de la explicación, porque tras unos segundos de reflexión preguntó:

—¿Y qué destino tenía en mente el señor?

Allan empezó de nuevo y le recordó que tanto el destino como el recorrido eran secundarios, y que lo principal era 1) la hora de salida y 2) el precio.

El otro guardó silencio unos instantes mientras consultaba los horarios y rumiaba las palabras de Allan.

—El coche de línea 202 sale dentro de tres minutos con destino Strängnäs —dijo por fin—. ¿Le va bien?

Sí, a Allan le iba muy bien. Por tanto, fue informado de que el autobús en cuestión partía del andén situado delante de la entrada de la terminal, y de que lo más adecuado era comprarle el billete directamente al conductor.

Allan se preguntó qué haría aquel hombrecillo detrás de la taquilla si no expedía billetes, pero se lo calló. Tal vez él también se lo preguntara. En su lugar, le dio las gracias y a modo de saludo intentó levantarse un sombrero que, con las prisas, había olvidado en la habitación.

Se sentó en una de las hileras de asientos vacíos y se sumió en sus pensamientos. Sólo faltaban doce minutos para que comenzara la puñetera fiesta de aniversario, que estaba programada para las tres. En breve empezarían a llamar a la puerta de su habitación, y a partir de entonces se armaría la gorda, de eso no cabía duda.

El homenajado se sonrió mientras con el rabillo del ojo veía acercarse a alguien. Era el joven esmirriado de pelo rubio, largo y grasiento, barba hirsuta y la cazadora vaquera con el «Never Again» en la espalda. Se dirigía directamente hacia él, tirando de su enorme maleta con ruedas. Allan comprendió al punto que corría un gran riesgo de tener que hablar con aquel pelanas, pero en el fondo no le vendría mal, supuso, pues le serviría para formarse una idea sobre las preocupaciones e inquietudes de la juventud actual.

Y, en efecto, se produjo un diálogo, aunque no de altos vuelos. El joven se detuvo a un metro de Allan, pareció estudiarlo un instante y dijo:

—Eh, tío, ¿qué pasa?

Allan también le dio amablemente las buenas tardes y preguntó si podía ayudarlo en algo. Podía. El joven quería

que Allan le echase un ojo a la maleta mientras él hacía sus necesidades en el servicio. O, como explicó:

—Tengo que cagar.

Allan repuso educadamente que, aunque estaba hecho un cascajo, aún conservaba bien la vista y no le supondría molestia alguna vigilarle la maleta. Sin embargo, le advirtió que se diera prisa, porque dentro de nada tenía que coger un autobús.

Cabe suponer que el joven no oyó esto último, ya que salió corriendo hacia el lavabo antes de que Allan hubiese terminado la frase.

El anciano no solía exasperarse con la gente, hubiera o no motivo para ello, y en esta ocasión tampoco lo incomodó la grosería del joven. No obstante, huelga mencionar que tampoco le inspiró una simpatía especial, lo cual tuvo suma relevancia en lo que sucedería a continuación.

Que fue que el coche de línea 202 paró delante de la entrada escasos segundos después de que el melenas se encerrara en el aseo. Allan miró el autobús y luego la maleta, después de nuevo el autobús y otra vez la maleta.

Tiene ruedas, se dijo. Y un asa para llevarla.

Y entonces se sorprendió tomando lo que se podría calificar como la decisión que le cambiaría la vida.

El conductor, un hombre servicial y atento, lo ayudó a subir el equipaje a bordo.

Allan le dio las gracias y sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta. Mientras contaba el dinero que tenía —seiscientas cincuenta coronas en billetes y algunas monedas—, el conductor preguntó si el señor quería ir a Strängnäs. Allan pensó que lo mejor sería mostrarse precavido, al menos de momento, así que separó un billete de cincuenta y preguntó:

—¿Hasta dónde llego con esto?

El otro, divertido, comentó que estaba acostumbrado a que la gente supiese adónde quería ir pero no cuánto le costaría, y que lo contrario era muy poco habitual. Después echó un vistazo al listado de tarifas y le dijo que por cuarenta y ocho coronas podía llevarlo hasta Estación de Byringe.

A Allan le pareció bien. Cogió el billete y las dos coronas de cambio. El conductor colocó la maleta recién robada en el espacio reservado para equipaje detrás de su asiento, y Allan se sentó en la primera fila de la derecha. Por la ventanilla veía la sala de espera de la terminal. Cuando el vehículo se puso en marcha, la puerta del aseo seguía cerrada. Pensando en el buen chasco que aquel joven se llevaría en cuanto saliera, Allan le deseó unos momentos placenteros allí dentro.

Aquella tarde, el autobús con destino a Strängnäs no iba lleno ni mucho menos. En la penúltima fila se sentaba una mujer de mediana edad que lo había cogido en Flen; en el medio, una joven madre que a duras penas había conseguido subir en Solberga con sus dos hijos, uno de ellos metido